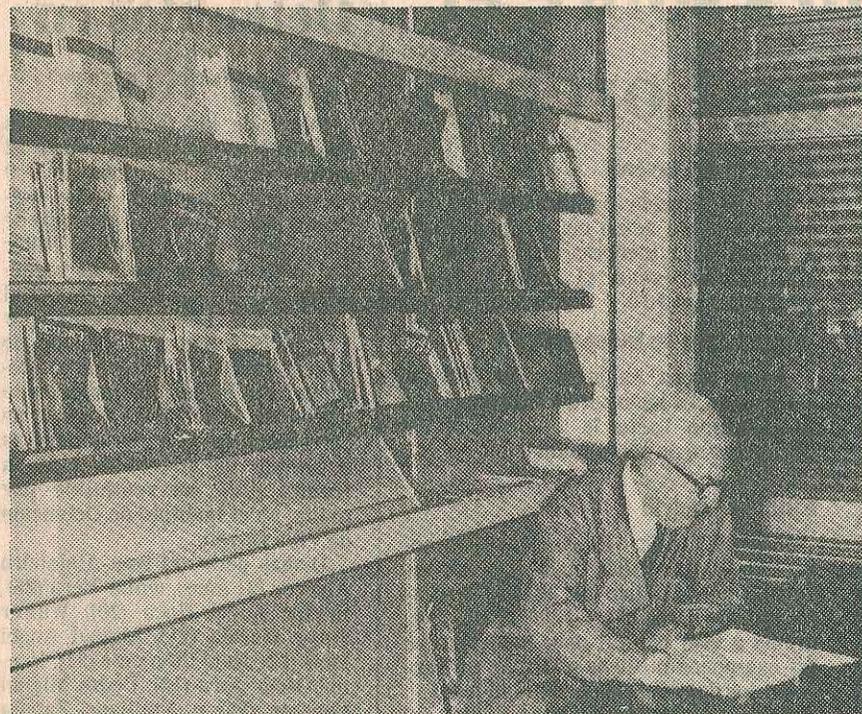


Temas cotidianos



El prestigioso científico en la biblioteca del Instituto

“¿Es ahí donde trabaja Leloir?”, dice el conductor del taxi al cronista que pregunta por el Instituto de Investigaciones Bioquímicas Fundación Campomar. Los vecinos confirmarían su desconcierto ante el flamante edificio de paredes traslúcidas, en el Parque Centenario.

“Sólo Dios sabe cómo pudimos continuar tantos años con nuestras investigaciones y llegar aquí”, dice el doctor en bioquímica Carlos Cardini (74) en la biblioteca del Instituto, donde jóvenes estudiantes consultan textos y revistas científicas y el doctor Leloir participa en amable diálogo con sus ocasionales visitantes. “El industrial textil Jaime Campomar era mi cuñado -agrega Cardini- y lo interesé en promover una fundación científica.” El hecho coincidió con la expulsión de la Universidad de varios científicos, en 1946, y la llegada de Leloir desde el exterior.

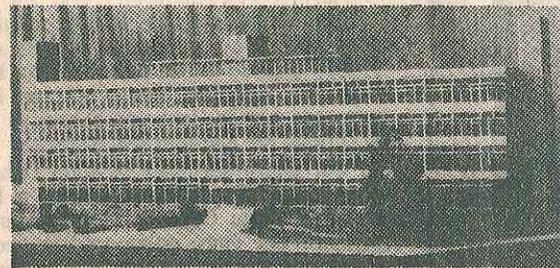
El Instituto de la Fundación Campomar fue creado en 1947, año en que el

doctor Bernardo Houssay obtuvo el Premio Nobel de Medicina, y casualmente su primera sede (al 1900 de Julián Álvarez) era vecina a la casa del científico. Por entonces acompañaban a Leloir cuatro colegas, una secretaria y dos ayudantes de laboratorio. La mitad del grupo original permanece activo en el magnífico edificio de cinco pisos (en la esquina de Patricias Argentinas y Antonio Machado) que la Fundación inaugurará dentro de algunas semanas. Nadie mejor que ellos para dar testimonio de cómo llegó a concretarse ese proyecto que ahora es una realidad.

Margarita Mazzardi (78) se cuenta entre esos pioneros. “Al principio hacíamos de todo. Trabajaba con personas de mucho valor que trataron de ir adelante con sacrificio, y hoy sabemos que vale la pena seguir al lado del doctor Leloir!”. Ella esteriliza elementos de laboratorio desde las 9 de la mañana en adelante y hace 38 años que se ocupa de

La otra familia del doctor Leloir

Los colaboradores de siempre del Premio Nobel cuentan su actividad diaria en el Instituto de la Fundación Campomar



esto. “Si en otra parte me ofrecieran tres veces lo que gano, igual no me iría”, dice, y cuenta con la aprobación de su compañera Soledad de Giménez.

A conciencia

“Cuando los doctores quedaron cesantes entendí que necesitaban colaboración. Por eso tiré adelante como pude, sin fijarme en horarios”, dice Soledad, quien se integró al Instituto hace 36 años. Ambas cuentan ahora con ayudantes para lavar, controlar y abastecer el instrumental de trabajo. La señora Giménez ganó un premio de aerobismo y pudo informar a los organizadores que gozaba de eficaz entrenamiento: “¡Estamos acostumbrados a correr la liebre!”.

“Tuve oportunidades para irme pero no tengo curiosidades geográficas -bromea el doctor Cardini al evocar momentos críticos-. Recibimos mucha ayuda desde 1970, año en que Leloir obtuvo el Premio Nobel de Química.”

Francisco Irusta, experto en el mantenimiento del complejo arsenal de aparatos que se usan en el Instituto, afirma con orgullo que el servicio que él cumple no existe en los países ricos: “No estamos en condiciones de tirar nada. Los investigadores me explican lo que quieren y lo que le pasa a las máquinas. Así aprendo mucho. Hasta me llamaron del Hospital de Niños y rescaté una centrifugadora que tenía una parte picada”.

Todos coinciden en que Leloir es tan buen maestro como amigo. “Cumple su



Fachada del flamante edificio y doña Soledad: ¡siempre adelante!

horario con tranquilidad y nunca falta; Houssay también valoraba el método en el trabajo”, precisa Cardini. A su vez, la doctora Clara Krisman de Fischman (con 26 años en el Instituto) recuerda que al principio no se atrevía a contarle a Leloir “las pavadas de mis investigaciones”, aun cuando no tardó en encontrar en el científico “al mejor compañero de trabajo: el que me enseñó a pensar”.

Al mediodía, un característico olor a mate cocido se expande desde la planta

baja por pasillos y escaleras. Hombres y mujeres con guardapolvos blancos y grises se encaminan al comedor llevando una manzana, algún cubierto o una ensalada. Mientras tanto, el personal de administración y los técnicos velan por que nada distraiga el rito que se cumple todos los mediodías: los seminarios. “Leloir los organizó así, en ese horario, para no perder tiempo”, admiten sus viejos colaboradores.

“Tanto Leloir como los que lo rodean

desde 1947 crearon una mística que nos absorbió: la honestidad, la ayuda mutua y un riguroso espíritu crítico ante los resultados -afirma el doctor en química Israel Algranati, quien trabaja en el Instituto desde hace 26 años-. Leloir nos dio la imagen de una extraordinaria generosidad, siempre dispuesto a brindar posibilidades a los jóvenes. Somos afortunados. Trabajamos en algo que nos gusta mucho y todavía, a veces, nos pagan.”

Qué es lo que investigan

Los científicos del instituto se dedican a la investigación básica, una aventura intelectual dirigida a ahondar los conocimientos antes que a aplicarlos. Los fundadores se unieron al tema de estudio que había iniciado el doctor Leloir: el metabolismo de la lactosa y la glucosa en la levadura. El estudio de los hidratos de carbono -la celulosa, el glucógeno, el almidón, la lactosa y otros azúcares- fue desarrollado por la mayoría de los investigadores que fueron incorporándose a la fundación.

“El glucógeno es la forma en que se acumula el exceso de glucosa en los tejidos. Será usado como fuente de energía cuando sea necesario”, explica la doctora Krisman. Su trabajo le permite analizar el proceso de formación de una molécula de glucógeno. El doctor Algranati estudia a su vez el proceso de la formación de las

proteínas: “El mecanismo biológico básico en una bacteria es semejante al de un ser humano -dice Algranati-. La adquisición de un conocimiento profundo permitirá repararlo y controlarlo”.

Durante las conferencias del mediodía exponen problemas científicos, discuten sobre cuestiones aparecidas en las publicaciones internacionales y participan a los demás investigadores -unos cincuenta- los trabajos que están realizando.

Cuando los recursos económicos de la Fundación Campomar lo permiten, el doctor Leloir facilita la apertura de nuevas líneas de estudio. Ha comenzado recientemente una investigación sobre bioquímica del suelo, un proyecto que desde hace algún tiempo consideraba importante.